

de los justos» (Lc. 14:14). «Pero la piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida presente, y de la venidera» (1 Ti. 4:8). Esta es una recompensa, no de mérito, sino de gracia, algo que Dios no nos debe y lo cual no podemos demandar como merecida, sino que es una recompensa que él promete y da gratuitamente a sus hijos por puro amor. Dios no ha revelado lo que la naturaleza exacta de esta promesa será. Quizás nos concederá bendiciones especiales (Ec. 11:1; Pr. 19:17; el Cuarto Mandamiento); o nos protegerá de consecuencias perjudiciales a causa de nuestros propios errores. Esta recompensa consiste en un mayor grado de gloria en el cielo (Mt. 25:14-30; Lc. 19:12-26; 2 Co. 9:6).

XXVIII. LA ORACIÓN

1. Los cristianos oran. La oración es inseparable de la vida espiritual de un creyente; es lo que mantiene viva su fe. Una persona que se ha convertido en hijo de Dios, desea hablar o comunicarse con su Padre en los cielos; por lo tanto, ella ora. Las Escrituras dicen: «Habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos ¡Abba!, Padre» (Ro. 8:15).

2. Manera de orar. Oramos con palabras, cantadas o habladas; pero también los pensamientos, las meditaciones, los deseos del corazón son oraciones. «Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, Roca mía, y Redentor mío» (Sal. 19:4). «El deseo de los humildes ofste, oh Jehová» (Sal. 10:17). Aun cuando conscientemente no estén ocupados en la oración, los cristianos siempre están en el espíritu de oración, siempre agradecidos por los favores recibidos, siempre dependiendo de Dios por su ayuda; «Orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu» (Ef. 6:18). Del Espíritu de Dios morando en los corazones de los creyentes, leemos: «Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque

conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos» (Ro. 8:26, 27).

3. Contenido de la oración. En nuestras oraciones damos gracias y alabamos a Dios por las bendiciones recibidas y le pedimos las cosas que necesitamos para el cuerpo y el alma. «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4:6). No se quejen ni se preocupen por sus problemas, sino llévenlos al Señor en oración.

4. Base de la oración. Seguridad de la gracia de Dios en Cristo Jesús es el requisito previo de la oración. Sin esto un pecador sería presuntuoso en presentar una petición ante Dios; sin esto ninguna oración del hombre sería jamás oída. Le debemos a Cristo que podamos acercarnos a Dios en oración, presentándole nuestras peticiones; y solamente cuando confiamos en los méritos del Salvador tocarán nuestras oraciones el corazón de Dios. «La oración descansa en la misericordia de Dios, cuando creemos que somos oídos por amor a Cristo, el Sumo Sacerdote, como él mismo dice, Juan 16:23: 'Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará'. En mi nombre, dice él, porque sin este Sumo Sacerdote no podemos acercarnos al Padre» (Apol., Art. III, *Triglot*, pág. 211.212). Por esta razón, las oraciones de los incrédulos, aunque sinceras, son enteramente en vano. «El que aparta su oído para no oír la ley, su oración es también abominación» (Pr. 28:9). Antes que una persona pueda verdaderamente orar a Dios, debe por fe haber establecido una buena relación con Dios (Ro. 10:14). De ahí que un hombre inconverso no puede orar antes de su conversión, ni puede orar para ser convertido.

5. Nuestras oraciones deben ser dirigidas al Uno y Trino Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esto no significa que las tres personas deben ser específicamente nombradas. El Padrenuestro es dirigido a «Nuestro Padre en los cielos»; la mujer de Canaán dirigió su petición a Jesús (Mt. 16:22). Cualquiera que sea la persona de la Santa Trinidad que nombremos en nuestra oración, debemos estar conscientes del hecho de que estamos orando al

Uno y Trino Dios, quien se nos ha revelado en la Biblia. La oración es un acto de adoración que Dios demanda exclusivamente para sí mismo (Mt. 4:10), y solamente él puede y oír nuestra oración (Sal. 65:2; Sal. 50:15). Si al orar tenemos en mente cualquier otro Dios, no importa el nombre con que lo llamemos, estamos pecando contra el Primer Mandamiento. Esto es cierto también cuando oramos a los ángeles (Ap. 19:10), a los santos, a la virgen María; ellos no pueden ni oírnos ni ayudarnos (Is. 63:16). Muchas oraciones se pierden porque no están dirigidas al verdadero Dios.

6. Somos movidos a orar—(a) *por la bondadosa invitación de Dios.* «Buscad mi rostro» (Sal. 27:8); «invócame en el día de la angustia» (Sal. 50:15). Esta invitación y mandamiento directo deberían animarnos a orar; el no hacerlo es pecado. El sentimiento de indignidad personal no debe impedirnos orar. El publicano reconocía profundamente su indignidad, y no quería ni siquiera alzar los ojos al cielo; sin embargo, oró: «Dios, sé propicio a mí, pecador», y su oración fue oída (Lc. 18:13, 14).

(b) *por la promesa de Dios de oírnos.* Tales promesas, como las encontramos en Mt. 7:7, 8; Sal. 145:18,19; Sal. 50:15, no son, de ningún modo, vanas. «Tú oyes la oración; a ti vendrá toda carne» (Sal. 65:2). «Y sabemos que Dios no oye a los pecadores; pero si alguno es temeroso de Dios, y hace su voluntad, a ése oye» (Jn. 9:31); (Pr. 15:8).

(c) *por nuestros problemas y necesidades* y por los de nuestro prójimo. En los problemas buscamos ayuda; de ahí que las dificultades nos enseñan a orar. «En la tribulación te buscaron; derramaron oración cuando los castigaste» (Is. 26:16); (Sal. 50:15). Nuestro propio problema físico, sea grande o pequeño, como en el caso de los leprosos (Lc. 17:13), o espiritual, como en el caso del publicano (Lc. 18:13), debería movernos a buscar la ayuda de Dios. Pero también los problemas de nuestro vecino deben inducirnos a orar por él, como hizo Abraham por los justos de Sodoma (Gn. 18:23-32), y como hizo el centurión por su siervo (Mt. 8:5, 6).

7. ¿Qué podemos pedir en oración? Cristo dice: «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mc. 11:24). Y Pablo escribe: «Por nada estéis afanosos, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias» (Fil. 4:6). No importa lo que pueda turbarnos y oprimirnos, no debemos entregarnos a una inquietud ansiosa, sino llevárselo al Señor en oración. En «todo», cosas grandes o pequeñas, personales o generales, temporales o espirituales, hagan conocer su petición a Dios.

Sin embargo, no debemos orar por ayuda en cosas que son contrarias al honor y la voluntad de Dios. Es una blasfemia pedir ayuda y protección cuando estamos a punto de cometer un pecado o cuando voluntariamente nos exponemos a la tentación. Nuestras peticiones deben ser de acuerdo con la promesa de Dios y sujetas a su voluntad. «Esta es la confianza que tenemos en él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, él nos oye» (1 Jn. 5:14). Ya que Dios claramente nos ha prometido y seguramente nos dará bendiciones espirituales (Lc. 11:13), podemos pedir las sin rodeos. En términos generales, también podemos pedir sin condición aquellas cosas que necesitamos para nuestra vida temporal, como lo hacemos en la Cuarta Petición del Padrenuestro. Pero cuando pedimos por bendiciones temporales específicas, las cuales Dios no ha prometido claramente, debemos dejar la respuesta a la discreción de Dios. «Señor, si quieres, puedes limpiarme» (Mt. 8:2). «No se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc. 22:42). Sin embargo, también en tales materias no debemos orar con un corazón dudoso, sino sentirnos seguros de que Dios escuchará también estas oraciones en la manera que más nos conviene.

8. ¿Por quién debemos orar? El malhechor, el publicano y los leprosos oraron por ellos mismos; de igual manera nosotros debemos orar por nosotros mismos. Pero también debemos orar por otros. «Exhorto, ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias, por todos los hombres» (1 Ti. 2:1). Debemos orar por los padres y los hijos, por el país y sus gobernantes, por los pastores y maestros de la

iglesia, por las misiones, por todos los necesitados, y también por nuestros enemigos (Mt. 5:44); sin embargo, no debemos orar por los muertos, ya que Dios ni ha mandado ni ha prometido oír tales oraciones. Debemos hacer el bien y orar por los hombres mientras viven; cuando están muertos, ni nuestras obras ni nuestras oraciones les benefician en forma alguna. Razones sentimentales y las enseñanzas de la Iglesia Romana no hacen válidas tales oraciones. No tenemos autoridad para tales oraciones en la palabra de Dios; pues los libros de los Macabeos (la Iglesia Romana se refiere a 2 Mac. 12:43-46) son simplemente escritos humanos, y en este asunto expresan una opinión humana, y no una verdad divina.

9. ¿Cómo debemos orar? (a) *Debemos guardarnos del hablar sin sustancia.* No hay poder mágico en la mera pronunciación de palabras devotas, falsas e insensibles, sino debemos saber lo que estamos haciendo y decir lo que queremos expresar. «Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos» (Mt. 6:7). El valor de nuestras oraciones no depende del número o extensión, ni del lenguaje y gramática que usamos, sino en esto: que oremos de corazón, seria y sinceramente (Sal. 145:18). Nuestras oraciones podrán ser breves, pero deben ser firmes y fervorosas.

(b) *Debemos orar con un corazón limpio,* es decir, no pedir favores a Dios mientras nuestro corazón se mantiene haciendo el mal o mientras siente ira o rencor contra nuestro prójimo. «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, levantando manos santas, sin ira ni contienda» (1 Ti. 2:8); (Mc. 11:24-26). Levantar las manos es un gesto externo, e indica que estamos listos para recibir lo que Dios quiera darnos en respuesta a nuestra oración. Al enlazar nuestras manos e inclinar nuestras cabezas indicamos que humildemente reconocemos que somos indignos de lo que el buen Señor considere conveniente darnos.

(c) *Debemos orar de acuerdo a la voluntad de Dios.* (Véase arriba, bajo el número 7).

(d) *Debemos orar en el nombre de Jesús.* «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieris al Padre en mi nombre, os lo dará» (Jn. 16:23). No debemos esperar ni pedir que nuestras oraciones sean escuchadas a causa de nuestro propio mérito o dignidad, que Dios debe darnos lo que le pedimos porque nosotros hemos hecho esto o aquello por él; sino que sabiendo que no somos dignos de ninguna de las cosas por las cuales oramos, pedimos que por su misericordia y gracia en Cristo Jesús él nos oiga. «No elevamos nuestros ruegos a ti confiando en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias» (Dn. 9:18). Cualquiera que venga a Dios con este pensamiento en mente, que Dios le debe alguna consideración por lo que hizo o sufrió en su servicio, está insultando a Dios con su oración. Nada, sino la gracia de Dios en Cristo, mueve a Dios a conceder nuestras súplicas; y es a esta gracia que debemos apelar cuando presentamos nuestras peticiones delante de él.

(e) *Debemos orar con un corazón que cree,* es decir, no debemos dudar de si Dios nos oirá o no, sino firmemente creer que nuestras peticiones son aceptables a nuestro Padre en los cielos y son escuchadas por él. «Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor» (Stg. 1:6, 7). Debemos orar «sin dudar» (1 Ti. 2:8). Tal fe está basada en la certeza de la promesa de Dios. Porque Dios ha prometido oírnos, debemos firmemente creer que lo hará. «Todo lo que pidieris orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Mc. 11:24); (Mt. 21:22). Muchas oraciones son anuladas por dudas en nuestros corazones. En lugar de estar completamente persuadidos de que Dios ciertamente nos oirá, algunas veces pensamos que podemos tratar una o dos oraciones con el albur de recibir alguna ayuda. Si en el pasado nuestras oraciones no fueron contestadas en la forma que esperábamos, tenemos derecho a pensar que no nos ayudarán en el futuro. Pero

debemos recordar que no podemos esperar que Dios oiga nuestra oración si nosotros mismos dudamos de si él lo hará.

10. Cuándo y dónde debemos orar. La santidad del lugar no aumenta la potencia de nuestra oración. Las oraciones ofrecidas ante el sepulcro de Cristo, ante un santuario o dentro de una iglesia no son más efectivas que las ofrecidas en cualquier otro lugar. «Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar» (1 Ti. 2:8). «Orad sin cesar» (1 Ts. 5:17). Dondequiera que estemos, en casa, en el campo, en la tienda, en la calle, debemos siempre estar en espíritu de oración, siempre agradecidos por las bendiciones de Dios, siempre buscando de él la ayuda y protección. Aunque no siempre estén ocupados en el acto de orar, los cristianos están siempre en la actitud de oración; siempre existe en ellos ese sentido de dependencia de Dios y de seguridad en su ayuda. No debemos hacer una exhibición de nuestras oraciones, como hacían los fariseos, sino más bien orar a nuestro Padre en secreto, en privado, donde nada turbará ni distraerá nuestros pensamientos (Mt. 6:5, 6).

Los cristianos deben orar juntos unos con otros como lo hacemos en el culto público (Sal. 26:12; Hch. 1:14; 2:42). Sin embargo no podemos orar juntos con los paganos, pensando que, mientras ellos le rezan a su ídolo, nosotros podemos rezarle al verdadero Dios. En cuyo altar adoramos, su religión confesamos. Tampoco podemos unirnos en oración con aquellos que «causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido» (Ro. 16:17).

Aun cuando podemos orar a Dios en cualquier tiempo, debemos hacerlo especialmente en días de tribulación (Sal. 50:15; Is. 26:16). Es bueno cultivar el hábito de la oración en horas establecidas, en la mañana, en la noche, al cenar, etc.

11. La eficacia de la oración. Se ha dicho que el valor de la oración es puramente subjetivo y que las oraciones no tienen otro efecto más que hacer a la persona sentir que Dios la ayudará. Es cierto que la oración tiene ese efecto tranquilizador en nuestros acongojados corazones. Pero la razón de esto es que Dios ha prometido escuchar las oraciones de sus hijos. «Te libraré» (Sal.

50:15). «Cumplirá el deseo de los que le temen; oírás asimismo el clamor de ellos, y los salvarás» (Sal. 145:19). Es por esta razón que «la oración eficaz del justo puede mucho» (Stg. 5:16). La oración no opera como un calmante, que tiene otro efecto que meramente calmar el corazón angustiado del que ora. Dios realmente contesta la oración (Sal. 65:2). Cuando por la oración de Elías «no llovió sobre la tierra por tres años y seis meses y otra vez oró, y el cielo dio lluvia», esto no fue una ilusión subjetiva sino un hecho objetivo (Stg. 5:17, 18). Nosotros no oramos simplemente para calmarnos, sino que acudimos al Dios vivo, quien puede y quiere ayudarnos (Sal. 50:15).

Sin embargo, Dios escucha nuestras oraciones en el tiempo establecido por él. A menudo nos dice: «Aún no ha venido mi hora» (Jn. 2:4). Él puede detener su ayuda para que nos demos completa cuenta de lo débiles que somos, o para enseñarnos a acudir a él con más fervor (Mc. 4:37-41; 7:25-30); pero finalmente, con misericordia eterna, tendrá compasión de nosotros (Is. 54:7, 8).

Dios contesta las oraciones a su modo y no siempre en la manera que nosotros esperamos. Tres veces Pablo suplicó al Señor que «el aquijón en la carne» fuese removido. Mas Dios no lo removió; sin embargo, dio a Pablo la fortaleza para llevar su cruz, diciendo: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en [tu] debilidad» (2 Co. 12:9). De ahí que nosotros no debemos precibirle a Dios ni el tiempo ni la forma, cuándo y cómo debería ayudarnos.

Pero, ¿pueden realmente nuestras oraciones mover a Dios, como para producir un cambio en su mente? Léase Éxodo 32:7-14. Dios quería consumir al pueblo de Israel; mas cuando Moisés intercedió «Jehová se arrepintió del mal que dijo que había de hacer a su pueblo». Debemos tener en cuenta que los cristianos en sus oraciones nunca ponen su voluntad en contra de la voluntad de Dios, sino que sujetan sus deseos y peticiones a la voluntad de Dios; ellos oran «conforme a su voluntad» (1 Jn. 5:14). También la oración de Moisés era conforme a la voluntad de Dios (Éx. 32:13); Moisés apeló a la promesa de gracia de

Dios hecha a los padres. La amenaza de destruir al pueblo fue una reacción de la justicia de Dios ante los pecados del pueblo. Cristo enseña lo mismo en la parábola de la higuera estéril (Lc. 13:6-9). Más allá de los hechos revelados en la Biblia, que Dios oírás y en efecto oye nuestras oraciones, no debemos especular, tratando de determinar cómo nuestras oraciones pueden afectar la voluntad y la providencia de Dios.

12. La oración no es un medio de gracia. Un medio de gracia es aquello por lo cual la gracia y el perdón son ofrecidos y transmitidos al hombre; en la oración, sin embargo, nosotros pedimos gracia y bendiciones. La gracia que pedimos en la oración, Dios nos la ofrece y otorga por medio de su palabra y los sacramentos. En la oración nosotros tratamos con Dios. Por los medios de gracia Dios trata con nosotros.

XXIX. LA VIDA DE UN CRISTIANO ES UNA VIDA BAJO LA CRUZ, PERO UNA VIDA DE ESPERANZA

A. Una vida bajo la cruz

1. Aun cuando por fe en Cristo hemos llegado a ser hijos de Dios (Jn. 1:12), nuestras vidas en la tierra no están de ningún modo libres de preocupaciones y tribulaciones; pero, igual al mismo Salvador, cada uno de sus seguidores debe cargar su propia cruz «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz y sígame» (Mc. 8:34, 35). «Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios» (Hch. 14:22).

2. ¿Qué puede ser considerado como una cruz? Las penas y sufrimientos de los incrédulos no son una cruz, sino un castigo. «Muchos dolores habrá para el impío» (Sal. 32:10). «Matará al malo la maldad» (Sal. 34:21). Pero aun estos castigos tienen un propósito de gracia. Por medio de ellos Dios desea que los impíos vuelvan a sus cabales, que se puedan dar cuenta a dónde sus pecados les conducen, y que se arrepientan y vuelvan al Señor (Lv. 26:14-42; Ro. 2:4).